

E. MIRET MAGDA LENA

EL día que la televisión hizo un programa sobre Jesucristo-Superstar y yo intervine, se quedó en el camino una buena parte de mi comentario. La razón ya dije que no la sé, pero que sentí porque de no ocurrir eso, al menos, quienes me oyeron hubieran conocido por medio de mis palabras completas mi manera de pensar. Y, además, la postura del religioso que me precedió en la palabra, hubiese quedado complementada por la mía, tan distinta de la expresada por él.

Hay quien por alabar a Jesús y magnificar su papel, lo disminuye sin darse cuenta. Y resulta Jesús un personaje poco asequible y casi mítico, al cual difícilmente lo pueden aceptar los hombres de hoy, que tienen ya una cultura mentalmente madura. Y, en particular, los jóvenes que pretenden tocar con los pies en el suelo, y no se satisfacen de verbalismos que poco o nada les dicen.

Son ya bastantes los teólogos y pensadores católicos que van, poco a poco, dándose cuenta de ello y abandonando su antigua verborrea, propia sólo para "épater les bourgeois", pero inoperante en una sociedad más crítica como la que empieza hoy.

Sorprende, sin embargo, escuchar posturas como la que cito más arriba. Posturas que hacen malentender el sentido que el catolicismo da a ese gran personaje histórico que llamamos Jesús. Decir que lo importante, lo único decisivo en él, es ser Hijo de Dios resulta una cosa muy ambigua. Y deducir de todo ello que Jesús no fue un gran hombre, y que ha habido en la historia muchas figuras humanamente más importantes que él es contrario, absolutamente contrario en mi opinión, al pensamiento católico. Por realzarle se le rebaja a términos que le hacen incomprensible a los hombres de hoy; y —sobre todo— resultaría, de ser así, una figura incoherente, a la que adosamos eso que los creyentes llamamos divinidad, como si fuese un mero añadido o pegote exterior sin relación con su realidad humana concreta.

No; yo no puedo como creyente estar de acuerdo con estas posturas que parecen muy religiosas, pero que en el fondo resultan rebajadoras del cristianismo.

En algún caso la clave de la actitud de estos católicos es su propia concepción errónea del hombre. Son de los que magnifican a los grandes y nefastos personajes que fueron los crueles guerreros, los inhumanos invasores de pueblos pacíficos y los duros dictadores de la historia. Sus modelos parecen ser Gengis Khan, Atila, Napoleón o Hitler. O al menos eligen a los más moderados como fueron Julio César, Felipe II y Luis XIV.

Sin duda, Jesús no puede parangonarse con estas figuras humanas. El no fue ni un guerrero avasallador, ni un asolador de países, ni tampoco un tirano de vidas y conciencias. Y, en ese sentido, nada podemos hallar en él de la ficticia y poco ejemplar "superioridad" de aquellos modelos, ni aun

siquiera de estos otros más moderados.

Lo que sí fue es un verdadero hombre, un pleno hombre; y —para el creyente católico— el más humano de los hombres. Sus grandes imitadores fueron el pacífico revolucionario de la Iglesia, San Francisco de Asís; el gran ecumenista del diálogo, Beato Ramón Llull, el ejemplar e insobornable canciller de Inglaterra, Santo Tomás Moro; el pacifista Ghandi, que hizo más por su pueblo que todos los violentos de la historia, y el americano luchador contra la discriminación racial, Martín Lutero King. Puesto en parangón con estos inolvidables personajes que forjaron la historia y no la degradaron, él está por encima de ellos. Es su modelo e inspirador, y el centro de todo

JESUS, ¿ES DIOS?

los que favorecen el desarrollo positivo y constructivo de lo humano.

Decir que su timbre de gloria es únicamente ser Hijo de Dios, o es falso o es no decir nada. Porque si el católico cree que la enseñanza fundamental de su religión es la encarnación de lo divino en un hombre llamado Jesús, resulta impensable que este hecho religioso no tenga consecuencias visibles y decisivas en su humanidad. Tendríamos que concluir, de ser aquello verdad, que lo divino resulta ineficaz e inoperante. En una palabra: que lo divino no tiene consecuencias visibles, que es algo ficticio, al menos a los ojos humanos.

Sinceramente he de confesar que me resulta imposible pensar así. Yo creo que si esa frase, a propósito de la encarnación, tiene algún sentido, será que en aquello en lo cual se encarna se da una expresiva manifestación. Y no me refiero a prodigios externos de apariencia más o menos mágica realizados por él, sino a realidades concretas hechas carne y sangre en su propia encarnadura, en su misma personalidad humana.

Ya somos muchos los creyentes que no podemos ver a Dios como un poderoso sátrapa oriental, ni como un amo justiciero y duro. Ni tampoco lo identificamos con ese buen Dios tradicional de los niños franceses, que tiene más de pacotilla sentimental propia de la cursi espiritualidad de San Sulpicio, que de una cosa viril y humana. Estos creyentes encontramos a Dios en todo lo que es exigencia y manifestación de absoluto, porque pensamos que si él es algo, no puede ser nada más que lo absoluto.

Y esto mismo nos pasa con Jesús. Cuando decimos de él que es Dios, lo que queremos indicar es que en él se manifiesta algo excepcionalmente absoluto (que es lo único que ponemos en la palabra Dios). Y no lo decimos porque lo hayamos deducido de determinadas frases bíblicas, por medio de silogismos, sino por un hecho significativo manifestado en un personaje histórico concreto. Y este hecho es que en Jesús vislumbramos lo absolutamente humano, lo plenamente humano, el hombre por excelencia. El principal hombre en el cual "el hombre supera infinitamente al hombre", como definía Pascal la más honda característica humana por más inalcanzable que parezca.

Los creyentes hemos visto que algunos grandes hombres se aproximan a esta manifestación, pero que uno sólo la ha alcanzado plenamente, Jesús.

"Tan humano —dice L. Boros— sólo podía serlo quien descollara por encima de todo lo humano. La existencia humana no es humanamente realizable, pues desemboca en lo absoluto. De donde se sigue que sólo el Dios hecho hombre puede ser realmente humano", (Dios hoy ¿problema o misterio?, Ed. Sigueme).

Y el escritor católico Walter Dirks afirma: "Si la divinidad de Jesús no ha de absorber lo humano, al modo que en matemáticas el valor infinito absorbe cualquier número finito; si es que no ha de resultar un monstruo divino-humano, entonces no puedo concebir la divinidad de Jesús de otro modo, sino en la perfección de su humanidad. Jesús fue divino en cuanto que fue pura y simplemente el hombre humano. En horas de duda en Dios y de su actuación en la historia, Jesús fue, para mí, el hombre más humano tan sólo históricamente, tan sólo de hecho" (en R. Baumann. El futuro del Cristianismo. Ed. Verbo Divino).

Empezamos los creyentes a "deshelenizarnos", a abandonar tantos términos abstractos hoy sumamente confusos y equívocos, como son los conceptos metafísicos-escolásticos aplicados a lo divino, de "naturaleza" y "persona", como dice el teólogo católico Lápplé; y aterrizamos en hechos concretos y humanamente significativos. Hemos de dejarnos de elucubraciones que nada nos dicen, de verbalismos sin saber qué contenido tienen. Y en cambio descubrimos en aquel hombre excepcional lo que tenía de profundo y absoluto, de tal modo que nos deja perplejos.

A la pregunta: Jesucristo, ¿es Dios?, no hay ya otra manera de contestar, en mi opinión, que la que aquí expreso con toda sinceridad, y que desarrollo bajo otros aspectos en mi libro Catolicismo para mañana. Quien se satisfaga de otras palabras, allá él; pero ni yo, ni tantos otros que queremos vivir en el presente, y sobre todo en el mañana, le entendemos ya. Y esas teorías religiosas rebajadoras del valor humano de Jesús resultan actualmente insoportables.